

## **Lo cubano en la poesía: relectura en los 90**

**Abel E. Prieto**

Escritor. Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

*«Este mismo Curso alcanzará su mayor fecundidad cuando pueda ser visto desde una perspectiva que ahora nos resulta inimaginable, y en la cual su testimonio tendrá un valor desconocido para nosotros.»*

Cintio Vitier,  
diciembre de 1957

Se ha hablado muchas veces, y con sobradas razones, del papel que en la gestación del grupo Orígenes tuvo el asfixiante clima político, moral y cultural de la república frustrada. Se ha mencionado específicamente el impacto de la fracasada revolución antimachadista, y también, aunque con menos frecuencia, el auge de la penetración cultural norteamericana en la Isla y la consiguiente erosión en los hábitos, costumbres, valores, y en los principios mismos de la nación, y la «resistencia» que opuso Orígenes a estos procesos.

Me gustaría subrayar en este trabajo dos componentes en la percepción origenista de la condición neocolonial de Cuba: la *superficialidad*, propia de la teatralización de la independencia en un país que ha seguido siendo colonia, y la *carencia de finalidad*, como expresión de la subordinación y frustración nacionales y del culto a lo

Texto presentado en el Coloquio Internacional por el 50 Aniversario de Orígenes (1994).

exterior. Quiero llamar la atención, además, sobre las formas peculiares de rechazo que acompañan a esta percepción, centradas en el *esencialismo* y la *teleología insular*.

Orígenes emprende, a partir de nuevos presupuestos, una tarea presente siempre, y siempre inconclusa entre nosotros: la definición de *lo cubano*. En muchas aproximaciones origenistas al conocimiento de la cubanidad, aparece como trasfondo, de un modo u otro, de manera más o menos consciente, la visión de una república ficticia, de una neocolonia apenas enmascarada con himno, bandera, Capitolio y políticos propios. Y esta visión, con todas sus consecuencias, marca las indagaciones del grupo sobre lo cubano, e influye en algunos de los principios básicos de la estética de Lezama y de sus seguidores.

No voy a detenerme en la diversidad de enfoques y personalidades creadoras que confluyeron en Orígenes, y que implica, necesariamente, matices, y hasta divergencias, en la aprehensión de la cubanidad y en los modos de expresarla. Por encima de las diferencias individuales, se advierte en el grupo una innegable coherencia en sus empeños por captar nuestro ser nacional. Si alguna investigación futura logra separar dos «líneas» en esta búsqueda, y —como es de presumir—

**Lo cubano en la poesía condena la búsqueda de la cubanidad «externa», y promueve, realza y dignifica, programáticamente, todo empeño por alcanzar la cubanidad «esencial».**

coloca a Lezama y a Piñera al frente de las mismas, digamos desde ahora que me refiero aquí a la «línea» central, a la del origenismo «ortodoxo», que va desde las preguntas sobre la personalidad insular del *Coloquio con Juan Ramón Jiménez* hasta el esfuerzo más abarcador de Orígenes por caracterizar la cubanidad: las conferencias que ofreció Cintio Vitier en el Lyceum de La Habana, entre octubre y diciembre de 1957, publicadas bajo el título de *Lo cubano en la poesía*.

## Dos

Durante muchos años sostuve una relación ambivalente con *Lo cubano en la poesía*. Lo leí ávidamente cuando estudiaba en la universidad, y marqué sus páginas con interés y pasión, y hasta con cierto afán polémico. Algunas categorías propuestas por Cintio Vitier sirvieron de blanco a la ingenua ironía que mi generación ensayaba por aquellos tiempos, e hice chistes sobre «do frío» y «do otro», mientras trataba, en la intimidad, de ajustar las proposiciones de aquel libro extraño, ambicioso, desbordante, a la imagen de lo cubano que había ido haciéndome para uso personal.

Luego vinieron, inevitablemente, otras objeciones: *Lo cubano en la poesía* no era solo una mirada desde Orígenes a nuestro patrimonio poético; también era una mirada hacia Orígenes. Se trataba de un enfoque francamente tendencioso, impudicamente tendencioso, y eso resultaba irritante, casi escandaloso, en el eufemístico mundo literario al que debía integrarme.

En el libro, además, era fácil topár con la sombra de varias polémicas, solo aproximadamente literarias: la discusión con la crítica de orientación marxista, en defensa de Orígenes, y de antecesores de «la batalla en otro terreno», como Casal, frente a las acusaciones concernientes al «escapismo», la «evasión», etcétera; también con Mañach, como continuación indirecta de la polémica Mañach-Lezama de 1949, en una tajante reafirmación de la superioridad de Orígenes sobre *Revista de Avance*; con Virgilio Piñera y el grupo secesionista, con los que, al separarse del origenismo «ortodoxo», perdieron la orientación utópica y se quedaron con la «nada», el «vacío» y el «absurdo existencialista». Y esta última se desliza, en más de un momento, hasta las contradicciones entre Juan Ramón Jiménez y algunos de los principales poetas de la generación del '27.

En el capítulo dedicado a Lezama, se nos advierte que el gran poeta y fundador ha creado en torno suyo «una misteriosa familia de amigos, con su inevitable franja de enemigos sucesivos y relevados, que lo han hecho el centro de la vida poética cubana en los últimos

veinte años».<sup>1</sup> Y *Lo cubano en la poesía*, sin desatender sus propósitos estratégicos —que analizaremos después en detalle—, va dando respuesta a los disímiles detractores de Lezama y del Orígenes «depurado» de 1957. Como veremos, las intuiciones principales que se envían en este libro, con plena conciencia, hacia el futuro, alcanzan hoy una vigencia particular.

Naturalmente, *Lo cubano en la poesía* se atrajo, desde su publicación, los odios de aquella «franja de enemigos», que se enriqueció con nuevos y entusiastas adeptos a partir de 1959. Como ha pasado entre nosotros con Lezama y con todo Orígenes, su recepción ha sido perturbada tanto por pasiones extraliterarias como por aquellas propiamente literarias que está llamado a concitar un libro como este: un libro que no es un manual aguado y conciliador; que es frontal, directo, injusto a veces, y que asume sin ambigüedades el punto de vista de un grupo de poetas para entender el transcurso de la cultura cubana, y de la propia nación, desde el pasado y hacia el porvenir.

*Lo cubano en la poesía* no puede leerse ni juzgarse como una historia de la poesía cubana, ni como crítica literaria, a la que siempre se reclama «objetividad» y «equilibrio». Debe leerse —siguiendo la sugerencia de su autor— como un poema; pero también como un programa, como un extenso y dramático manifiesto, que va mucho más allá que los sintéticos «editoriales» de la revista *Orígenes*.

En esta mi relectura de hoy, han perdido interés las viejas objeciones. Ya no tendría sentido discutir si es o no un libro tendencioso; porque un manifiesto o un programa son *tendenciosos* por definición. *Lo cubano en la poesía* se escribe «en un raptó» (p. 9) cuando la revista *Orígenes* acaba de extinguirse, después de doce años de siembra y fundación. Batista, *el hombre fuerte* de los yanquis, se dedica a reprimir con «el grosero manotazo de la tiranía» a «la juventud exasperada» (p. 578), que en las montañas y ciudades del país parece destinada a un nuevo ciclo de sacrificio sin futuro. La nación recibe por todos sus poros «la más sutilmente corruptora influencia que haya sufrido jamás el mundo occidental» (p. 584): es «la desintegración invasora» (p. 343) que nos viene del Norte, que pretende rematar culturalmente la dependencia económica y política de su neocolonia. El «imposible» se alza, con más fuerza que nunca, entre los cubanos y los ideales de Martí. Tales son las circunstancias en que Cintio Vitier elabora este manifiesto, que más que prólogo de un movimiento —como la mayoría de los manifiestos— lleva en sí el dramatismo y la urgencia de un epílogo que se resiste a su condición.

El valiosísimo aporte de este libro en defensa de la cultura cubana, y de la nación, sale a flote con una relectura —al margen de las polémicas más o menos pequeñas— que centre su atención en la polémica decisiva: la que enfrenta a Cuba con su enemigo histórico y con el *status* neocolonial.

### Tres

*Lo cubano en la poesía* incluye un crudo panorama de la República dependiente. Sus signos son la frustración, la «nada», la «ausencia de finalidad»; esa «intemperie» donde no hay valores ni ideales colectivos, y el individuo está solo, sin fe, sin protección alguna. En esa República desmedrada, Cintio Vitier contempla la decadencia de los símbolos y de los sentimientos independentistas:

Al lograrse la independencia, tan mediatizada por la tutela política y sobre todo económica de los Estados Unidos; al iniciarse la rutina de los *cambios* y los alzamientos; al comenzar la corrupción administrativa y el descreimiento civil, el fondo intrascendente, incrédulo y burlón del cubano, aflora a la superficie. Ya no hay un ideal histórico definido que lo imante; ya no hay un Martí que lo domine y encienda. [...] La patria, la bandera y el himno rápidamente degeneran en vacío decorado. A la Revolución suceden los Partidos; a la diana pura y vibrante en el amanecer del campamento, la charanga bullanguera despertando los instintos inferiores. (p. 341)

Verifica además, en «las cosas» descritas por cierta poesía social, «una existencia fáctica, periodística», sin «misterio», y es que «la realidad misma parece estar en ese plano, y nada más»:

Los ideales que engendra esa realidad, de puro limitados y consabidos, se vuelven tópicos. La poesía tiene que ser prosaica o retórica. La facticidad de la República está revelando ya su terrible fondo de hedonismo e intrascendencia. (p. 355)

Con los ideales martianos, la República perdió también toda noción de futuridad: Casal, precursor de los «frustrados» republicanos, «nos produce el efecto de que ya sabe que pertenece a un pueblo *sin destino*» (p. 310). La condición neocolonial significa también, para Cuba, «la volatilización del destino»: es decir, «pavorosa nada», «causalismo, facticidad, banalidad, absurdo» (p. 462). Este aspecto de la condición neocolonial fue observado y sufrido de manera muy particular por los más lúcidos creadores de Orígenes, y ocupa un lugar principalísimo en las reflexiones que animan *Lo cubano en la poesía*.

Se trata de una realidad «fáctica», que comprende solo la superficie de los «hechos» y no va más allá. Es descrita también como «una realidad desustanciada» (p. 481), evaluación que debe relacionarse con la influencia norteamericana, que equivale a «desustanciación» y «desintegración»: «lo propio del ingenuo *american way of life* es desustanciar desde la raíz los valores y esencias de todo lo que toca» (p. 584).

Los «hechos», por otra parte, o aparecen articulados en una conexión primaria («causalismo»), o se presentan en una imagen donde «todo» se ve «esencialmente desunido, inconexo» (p. 530). Su «facticidad» solo puede engendrar el «prosaísmo» —también de «hechos», de superficies—, la «retórica» —lo vacío, artificioso y falso— y los «tópicos» consiguientes. Esa realidad factual, de fórmulas huecas, tópicos y retóricas, de puros «hechos» y prosaísmo, se corresponde con el «vacío decorado» que componen los símbolos patrios. Tanto la «facticidad» como el vaciado de los símbolos, dos caras de la misma moneda, dejan espacio libre al «hedonismo», a la «intrascendencia»; a la entrega de la nación por falta de «sentido», de «finalidad», de auténtica «conexión» o articulación entre las cosas. Véanse además las transformaciones que indican el paso de la época heroica a los tiempos republicanos: de «la Revolución» (imán, centro, destino) a «los Partidos» (fragmentos, desconexión, intrascendencia); de «la diana pura y vibrante» a «la charanga bullanguera». Hablará también del «caos de la política superficial» (p. 583), en oposición a una política «profunda» que permanece innominada.

Cintio Vitier descubre esta contradicción entre lo exterior y lo esencial y real, a escala de la psicología del cubano: «Nuestro sol brilla implacable, el cubano es ruidoso y alegre, pero un fondo de indiferencia, de intrascendencia, de *nada* vital, se va apoderando de su vida» (p. 309). Ese mundo «exterior» es caracterizado, sobre todo, con rasgos sensoriales muy marcados (sonidos y colores vivos), mientras que en el mundo «interior» se destacan rasgos éticos y teleológicos. La teatralización de la independencia, con su exaltación de las *superficies*, pretende ocultar la subordinación neocolonial y la *carencia de finalidad*.

La colonia primero, y la condición neocolonial después, han creado una relación muy singular entre el cubano y su identidad nacional, sometida en su plenitud a dolorosas y sucesivas postergaciones. El cubano padece así un doble destierro: el teológico de la especie, y el de la «criatura [...] que se proyecta a sí misma como lejanía, quizás como interminable aplazamiento de su propio ser» (pp. 222-3). La cubanidad «nos da la imagen de una existencia que no puede alcanzar su propio centro, que está separada de sí misma por una sutil distancia insalvable» (p. 576).

### Cuatro

La cubanidad «externa», temática, superficial, que tiene sus expresiones más evidentes en el siboneísmo y en la poesía negrista, se distingue en este libro de la cubanidad «esencial», «secreta», «oculta», que es tocada una y otra vez por nuestros mejores poetas. *Lo cubano en la poesía* condena la búsqueda de la cubanidad «externa», y promueve, realza y dignifica, programáticamente, todo empeño por alcanzar la cubanidad «esencial».

La cubanidad «externa» se vincula indirectamente con el «decorado» republicano de la neocolonia, y en sus

extremos, de manera directa, con un «autoexotismo» en el que se asume la mirada del colonizador y el disfraz que esa mirada exige. En las corrientes indigenistas o nativistas, está presente la caricatura europea del «hombre natural». Cierta «mulatez» o «afrocubanía» de Ballagas «nos resulta tan exótica (el ojo europeo superpuesto al insular) como algunas evocaciones del siboneísmo» (p. 418). En *La isla en peso*, de Virgilio Piñera, descubre «la vieja mirada del autoexotismo, regresiva siempre en nuestra poesía» (p. 480). Siboneísmo y negrismo fueron *modas* condenadas a una vida efímera por su misma concepción epidérmica.

La cubanidad «externa» aparece relacionada con lo «fáctico» en Francisco Pobeda (p. 138), en tanto resulta «puramente nominal y temática» en «los débiles romances de Del Monte» (p. 149). La presencia del tema no significa nada al juzgar la captación de lo cubano: por el contrario, más bien estorba el acercamiento a la cubanidad «esencial».

Cualquier concesión al tipicismo tiene para Cintio Vitier consecuencias negativas: en el Cucalambé «saltantes y pintorescos cunden los símiles implacablemente nativistas» (p. 172); en el propio Feijóo «dos juegos campesinos» vienen con «su inevitable sombra de tipicismo acechante» (p. 538). El «tropicalismo convencional y lánguido» (p. 392), «empequeñecedor», es condenado en todas sus versiones: carece de «verdadera fragancia» y «necesidad íntima» (p. 320); tiene una retórica «sin jugo», «falsa», «hueca», donde lo cubano es «mero espectáculo» (p. 322).

El problema del tipicismo había sido planteado desde el Cucalambé, «que es el de todo lo demasiado explícito, exterior y pintoresco en poesía»: «O bien deriva hacia la falsedad, o bien permanece en la superficie» (p. 177). Es decir: por un lado, el artificio de «la patria, la bandera y el himno», a los que se unen los indios de *papier maché*, las lánguidas hamacas y los motivos frutales, para completar el «vacío decorado» de una cubanidad y una independencia que son pura ficción; por otro, la maldición de lo «fáctico», la incapacidad para buscar en lo hondo, los «hechos» y nunca lo esencial. No es, por supuesto, una verdadera bifurcación: entre lo «fáctico» y lo falso, entre conformarse con la superficie de las realidades y aceptar como legítimo el «vacío decorado», no hay más que un paso mínimo, que se da muy a menudo; del mismo modo que es fácil deslizarse del tipicismo al autoexotismo.

## Cinco

Es a la luz de los peligros estéticos, cognoscitivos, y también políticos, de buscar la cubanidad externa; de los enormes riesgos culturales que entraña conformarse con esa instancia epidérmica —e inevitablemente falsa— de la cubanidad, como debe entenderse la defensa radical de los métodos y hallazgos «esencialistas» en *Lo cubano en la poesía*, y —¿por qué no?— en todo Orígenes.

Los esfuerzos orientados hacia la cubanidad exterior o temática, ignoran, de entrada, un obstáculo básico: la condición misma del objeto que pretenden captar.

No hay una esencia inmóvil y preestablecida, nombrada *lo cubano*, que podamos definir con independencia de sus manifestaciones sucesivas y generalmente problemáticas, para después decir: aquí está, aquí no está. Nuestra aventura consiste en ir al descubrimiento de algo que sospechamos, pero cuya identidad desconocemos. Algo, además, que no tiene una entidad fija, sino que ha sufrido un desarrollo y que es inseparable de sus diversas manifestaciones históricas (p. 18).

El propósito del libro, no es, pues, «sacar conclusiones absolutas», ni decir «lo cubano es esto y aquello». Lo más que puede lograrse con respecto a ese «algo», que tiene «la calidad evasiva de un imponderable», es «que seamos capaces de sentirlo o presentirlo»; que cobremos «conciencia de su magia, de su azar y su deseo», y también —«tal vez»— de «su destino» (p. 20).

La propia «isla», incluso, participa en cierto modo de esa «furtividad del ser que es un reintegrarse oculto a la orilla más lejana» (p. 522). «Tampoco la isla cuaja ni se asienta en una sustancia» (p. 523): «sus esencias escapan a todo amurallamiento, a toda forma cerrada, a todo centro posesor» (p. 579).

Lo cubano, y hasta la «isla», se convierten en parientes cercanos de aquella «sustancia poética» perseguida sin tregua por Lezama («Ah, que tú escapes...»): una «sustancia» que «no está en las voces del mundo aparential [...] ni tampoco en sus configuraciones intelectuales»; sino «en ese discurso que no se estanca como linfa de la forma sino que se restituye incesante al misterio» (p. 446). Y así, del mismo modo que el cubano contempla su identidad plena desde «la otra orilla», como un desterrado de su propio ser nacional, el poeta intercambia miradas con la «sustancia poética», a través de «la distancia mágica, intraspasable [...] dolorosa», que los separa (p. 443).

No solo en Lezama, también en los demás origenistas, y en sus antecesores, hay un anhelo de «esencias» inatrapables, donde se nos escurre la «sustancia poética», y con ella la cubanidad que vale, la «esencial»: «No es esto, no es esto —parecen decir algunos de nuestros poetas— es aquello que late detrás, o más allá [...]» (p. 312).

Cuando evalúa la tradición romántica cubana, Cintio Vitier resalta las «visiones hondas de una cubanidad concentrada, entrañable», el «tuétano» de lo cubano (pp. 126-7), «el proceso de interiorización del tono», las «esencias criollas y cubanas», la «dírica purísima del alma, de la intimidad» (p. 183), las «fibras ocultas» (p. 127), «el otro plano más oculto» (p. 197), «la mayor hondura, irradiación y pureza» en la captación de la cubanidad (p. 207), los «adentros de la sensibilidad, la magia y el aire» (p. 130); frente a lo temático y «resonante», «el tono de lo convencional y pintoresco» y «los elementos visibles de la isla» (p. 207).

El adjetivo «secreto» es quizás el más empleado en el libro —con lo «oculto» y «escondido»— y siempre como una especie de sello de distinción frente a lo externo, retórico y evidente.

Heredia muestra, «por debajo del consabido tono alisonante, un acento más personal y secreto» (p. 80).

En las descripciones de «el alba y la tarde» de José Jacinto Milanés, prefiere las elaboradas «con desnuda magia de luz y aire, inconfundiblemente cubanas [...], centradas en nuestra pupila para fina gloria y goce secreto» (p. 110). Frente a la «cubanización explícita», apunta «la otra línea más secreta y silenciosa de cubanización implícita de la mirada y el sentimiento» (p. 183). Así, en los *Versos sencillos*, de José Martí, encuentra «otros rasgos de cubanidad más secreta» (p. 258); en los pocos momentos «recordables» de René López, «genuina y secreta sensibilidad insular» (p. 327); en Eliseo Diego, «el secreto de lo cubano y de la infancia» (p. 512); en Mariano Brull, «las claves de su cubanía o criolledad secreta» (p. 388).

«El arco invisible de Viñales», de Lezama, desdeña cualquier «reacción inmediata, descriptiva o subjetiva ante el paisaje», «liberándose de la inercia de la primera realidad para entrar en otra danza de enmascarados» (pp. 450-1). La imaginación de Lezama explora «las posibilidades escondidas», y desecha las «configuraciones sensibles y fácticas» del paisaje (p. 452).

Lo «oculto» y «secreto» son, pues, respuestas a lo «fáctico», un rasgo clave de la cubanidad exterior y uno de los pilares en la definición de la República.

El sistema de Lezama, por otra parte, con la imagen como centro, resulta la única alternativa perdurable que tienen los hechos históricos, culturales, y la realidad, y la propia vida: si no encarnan en *imagen*, se disuelven, tan pronto se agote «su escasísimo tiempo de vigencia causalista y factual» (p. 463). La imagen y la teleología lezamianas, y todo un sistema que salva a la cultura de «sus fríos encadenamientos aparentes, de su cerrazón de hecho consumado» (p. 463), hacen frente a la maldición republicana de lo «fáctico» o «factual», y a la falsa «continuidad» o el falso destino que significa el «causalismo».

## Seis

Cuando Cintio Vitier opone, como vimos, «la diana pura y vibrante en el amanecer del campamento», a «la charanga bullanguera» que despierta «los instintos inferiores», carga de sentido y eticidad al sonido de la diana revolucionaria, para diferenciarla del ruido sensual, primitivo, intrascendente, sin destino, de la República. La diana es «pura», por supuesto, porque se vincula a un ideal y no a turbios intereses; porque es «limpia» en el sentido ético del término, sin «mezclas» espurias en su orientación.

A escala de la poesía, Cintio Vitier verifica la decadencia ya anotada con respecto al país: «Durante un siglo [el XIX] la poesía cubana, espejo de lo mejor de su pueblo, vivió idealmente disparada al futuro» (p. 341); luego, en la República, aparece un «veneno», que «empieza a corroer el alma de nuestros poetas»: «la ausencia de finalidad, el descaecimiento de las fuerzas teleológicas de la nación» (p. 340). La «diana pura» es la música propia de aquella futuridad, así como la «charanga

bullanguera» debe acompañar al *vivir-en-el-presente* de la República.

Tengamos en cuenta, además, que el advenimiento de la «lírica purísima» de Zenea y Luisa Pérez está indisolublemente acompañado de un «proceso de interiorización del tono», del hallazgo de «esencias criollas y cubanas» y del abandono de las trampas exterioristas. El camino de la cubanidad externa lleva a «mezclas» que empobrecen los resultados poéticos y cognoscitivos, y limitan —por supuesto— la auténtica captación de lo cubano. Una de las razones del fracaso del movimiento siboneísta fue «la naturaleza híbrida de una visión que quería ser a la vez poética y política» (p. 161). La *Revista de Avance* no logra combatir eficazmente «la ausencia de finalidad en que se hundían el país y las letras» (p. 371), «porque su raíz no era poética, creadora, sino [...] sociológica y política» (p. 372). Las fórmulas «híbridas» y exterioristas —a diferencia de las «puras» y «esencialistas»— están incapacitadas para acceder a zonas ocultas de lo cubano y a toda posibilidad teleológica.

En su recorrido por la obra de Nicolás Guillén, confiesa su prisa por llegar a *El son entero* para detenerse en «textos más puros y absolutos» (p. 426) y saludar finalmente al «son más puro que ha escrito Guillén, la joya de su poesía», con «categoría de tono popular, desnudo, eterno», «el son espiritual más cubano y universal de Guillén» (pp. 428-9). Y presenta, «completo y desprendido, el delicado mecanismo del son», como fin de un proceso en que ha ido «independizándose» de todo tipo de «empleo ancilar»: «son ingrátido», obra personal y «del pueblo eterno, sin razas» (pp. 429-30).

Con respecto al propio Curso que da lugar a *Lo cubano en la poesía*, Cintio Vitier explicita su apego a un «punto de vista estrictamente poético», que no sea contaminado por «la psicología» o «la sociología», que considera los «dos principales enemigos» (p. 570): «su intromisión en las perspectivas de mi trabajo, hubiera producido un resultado híbrido, confuso y de escasisima legalidad» (p. 571). Y añade:

Postulado así el conocimiento rigurosamente poético de lo cubano a que aspiro, no quisiera, por otra parte, que se interpretara mi trabajo en función de prédica nacionalista. Nada más alejado de mi intención ni de mis convicciones. Para mí la poesía no tendrá nunca otra justificación que ella misma, ni otras leyes que las que provengan de su absoluta o relativa libertad. (p. 571)

Inmediatamente después de esta lapidaria declaración «purista», afirma que la búsqueda, en Orígenes, de «nuestras esencias insulares» es «necesidad profunda de conocer nuestra alma, cuando parece que sus mejores esencias se prostituyen y evaporan» (p. 572); del mismo modo que *Lo cubano en la poesía* quiere contribuir «al rescate de nuestra dignidad» (p. 13). Ante la sensación republicana de «vacío», de «estupor ontológico», «volvemos los ojos al testimonio poético, donde ese mismo vacío puede adquirir sentido como síntoma del ser o del destino» (p. 573). Todos estos propósitos

«híbridos» y la propia teleología insular, bastarían para echar por tierra aquel «purismo».

Cuando evalúa el sistema poético de Lezama, Cintio Vitier topa con el oxímoron que significa un «purismo» teleológico, y trata de encontrar la solución en una «finalidad» poética omnicompreensiva, que vendría a ser el colmo de lo «híbrido»: «La poesía tiene, sí, una finalidad en sí misma, pero esa finalidad lo abarca todo. La sustancia devoradora [la sustancia poética] es, necesariamente, teleológica» (p. 467).

El Martí del *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos* «es la semilla más dura de nuestra realidad, el tesoro mayor que tenemos» (p. 282). En este *Diario* se da «el primer contacto del espíritu, en el trance supremo del sacrificio, con nuestra naturaleza y nuestros hombres» (p. 274). Es en sus últimos días cuando «la vocación de entrega» de Martí alcanza su mayor plenitud, y es que «su ser no es *consistencia* sino *dación*» (p. 229). ¿Cómo podrá entre nosotros la poesía, la palabra, rehuir los «empleos ancilares» ante ese modelo superior que Cintio Vitier vuelve a alzar para el presente y el futuro?

*Lo cubano en la poesía* es, de principio a fin, una refutación del «purismo» y de la llamada «poesía pura»: la intención misma de caracterizar lo cubano en la obra de nuestros poetas, como contribución «al rescate de nuestra dignidad», la búsqueda de respuestas a la «desintegración» y a la «ausencia de finalidad», el propósito de utilizar la creación poética como método cognoscitivo por excelencia, parten de unas relaciones abiertamente «híbridas» con la poesía y de colocar las «justificaciones» extrapoéticas en los fundamentos del acto creativo y de la lectura.

Si desechamos las dos o tres protestas de fe «purista», marcadas por algunas de las polémicas de la época, habría que entender el anhelo de «pureza» en este libro como un rechazo a una poesía ruidosa, «bullanguera», acomodada a las superficies, a los tópicos, a los facilismos, a la propaganda política o pseudofolklorica, y como una exaltación de la poesía que va a encontrarse con las esencias de la patria, que hace política «profunda» (mucho más *nacional* y fecundante que la mera «prédica nacionalista») y contribuye a la «resistencia» de la nación y a la forja sutil, invisible, de un destino para la Isla.

## Siete

Cintio Vitier, en su prólogo a la edición de 1970, afirma, con respecto al último capítulo del libro, que «muchas de sus consideraciones estaban determinadas por un enfrentamiento de la historia y la poesía, y por una toma de partido a favor de esta» (p. 9). Negar a nuestro proceso histórico toda «continuidad profunda» (que solo encontraremos en la poesía y la tradición ética cubanas) y ver en él una «situación recurrente, cíclica», de «tiranía-sacrificio, sacrificio-tiranía» (p. 578), son posiciones brotadas de aquella «grave desconfianza» hacia la historia (p. 10) señalada por el propio autor.

Hay al mismo tiempo, en la raíz del libro, una indisimulable angustia a causa de la falta de sentido histórico y de finalidad, y del *vivir-en-el-presente*, y un punzante anhelo de «otra» historia para Cuba y para los cubanos.

*Lo cubano en la poesía* tiene un lugar de importancia en el empeño origenista de encontrar «continuidad» a través de la creación poética. Con los métodos «esencialistas», la «pureza» en su fecunda versión híbrida, y los hallazgos de cubanidad «secreta», son también valorados muy altamente, en los poetas estudiados, los esfuerzos en pos de la «continuidad», del «sentido histórico» y la «futuridad».

Cintio Vitier no revisa nuestro patrimonio poético como un arqueólogo, sino como un buscador de «futuridad»: «También en el pasado hay que poner nuestra esperanza y buscar nuestro futuro». «Así el pasado se vivifica y cobramos conciencia de lo que somos, de lo que podemos ser» (p. 17).

Martí se convierte, en este libro, en el ingrediente teleológico por excelencia, en el factor requerido por la cubanidad para adensarse, crecer y orientarse hacia el futuro. En el poema «El café», de Regino Boti, se encuentra «lo cubano», pero «sin Martí: desprovisto ya de trascendencia, de finalidad, de esperanza. Lo cubano en su desolación lúcida, en su puro instante vacío, que va a ser una de las vivencias más hondas de nuestra sensibilidad en la República» (p. 335).

Martí aportó, «a nuestra poesía y al ahondamiento de nuestro ser», «el sentido trascendente de la vida» (p. 276); él mismo fue una «resistencia configuradora, esencialmente fundada y fundacional» y, cuando muere, «parece como si nos desganáramos de nuestras propias ilusiones» (p. 577). Martí es dueño de su destino: lo diseña y realiza, desafiando al azar y al «imposible». Se convierte así en un modelo de «otra» cubanidad, de «otra» historia y también de «otra» cultura. Ante el pueblo sin destino, sin gravitación, sin futuro; ante el pueblo separado de su identidad, acogido al «vacío decorado» de símbolos y colorines, viviendo en un mundo inconexo y frustrante, se alza el destino, el «centro», la «otra» historia de Martí.

La teleología insular de Lezama y de Orígenes es presentada en este libro como el único empeño fundador que tiene éxito en medio del marasmo republicano. Luego del fracaso de Poveda y Boti, y de la *Revista de Avance*, Orígenes hace suya la «semilla» martiana y propone «esa especie de fundación de la ciudad desde la palabra» (p. 343), dando sentido a la cultura y al propio transcurrir de la Isla.

En una realidad marcada por la «facticidad» y el «causalismo», la poesía ofrece la «futuridad desconocida» (p. 440) que aporta Lezama. Y *Lo cubano en la poesía* nos propone, incluso, a partir de esta carga teleológica y del «contacto con las fuerzas positivas que laten detrás de nuestros vicios y flaquezas» (p. 582) la entrada de Cuba y de los cubanos en una «continuidad» histórica y cultural diferente: «entonces empezaría nuestra

**Lo cubano en la poesía tiene un lugar de importancia en el empeño origenista de encontrar «continuidad» a través de la creación poética. Con los métodos «esencialistas», la «pureza» en su fecunda versión híbrida, y los hallazgos de cubanidad «secreta», son también valorados muy altamente, entre los poetas estudiados, los esfuerzos en pos de la «continuidad», del «sentido histórico» y la «futuridad».**

Historia, de la que solo conocemos ahora la increíble profecía martiana» (p. 583).

Del mismo modo que se nos presenta la cubanidad esencial y secreta, opuesta a la cubanidad externa, podemos descubrir también la oposición entre una historia «otra», de fundación y creación, profetizada por Martí, y una pseudohistoria que solo articula los «hechos» a través del «causalismo» y no por «sentido» y «destino», una pseudohistoria donde se repiten los sacrificados y frustrados, en un ciclo sin salida visible.

Esta pseudohistoria «fáctica», esta «agitación política sin sentido histórico profundo» (p. 462), es la que nos corresponde por nuestra condición neocolonial: al perder, con la verdadera independencia, el «destino», el país se ha quedado —a manera de historia— con una sucesión de hechos, tan vacíos de sentido como los símbolos patrios, como la misma realidad desustanciada, como la cubanidad de exteriores.

Con respecto al «sinistro curso central de la Historia», el que protagonizan las metrópolis, estamos colocados «aventurosamente al margen» (p. 582), y esta situación marginal nos va a abrir una nueva posibilidad cultural e histórica.

Las claves de esa «otra» Historia, tan ajena a la pseudohistoria «fáctica» y «causalista» de la neocolonia como al «sinistro curso central» que transitan las potencias, están en Martí, en la «teleología insular» de Lezama, en la futuridad que hay en los mejores poetas cubanos, y en nuestra capacidad para ver lo esencial y creador de la cubanidad, incluso de aquellas zonas que rechazamos. Solo podremos vencer el «imposible» y alcanzar la plenitud de la nación, si combinamos la energía teleológica de nuestros más poderosos creadores con una aproximación «esencialista» al ser nacional cubano, y con la apropiación desprejuiciada, libre de autoexotismos y de visiones coloniales, de nuestra identidad.

## Ocho

A la realidad neocolonial corresponden, en un nivel, el «vacío decorado» de los símbolos patrios, la cubanidad exterior, la maldición de lo «fáctico», de lo puramente «físico», el «sol implacable», la «charanga bullanguera», la gritería del cubano, y todo cuanto aluda a la *superficie*, a las apariencias sin sustancia, sin «ojos». En otros

niveles (ético, teleológico, histórico), esta *superficialidad* encuentra complemento idóneo en los «instintos inferiores», el sensualismo burdo, el *vivir-en-el-presente*, la «frustración», la carencia de «finalidad», de «fe», de «destino», de «futuridad». *Carencia de finalidad* es también «desintegración» (palabra muy usada por Lezama para describir la vida republicana): es falta de «centro», de «ímán» y de «conexión», «fragmentos», «desarticulación».

Podría hacerse un extenso inventario de conceptos en torno al eje neocolonial que forman la *superficialidad* y la *carencia de finalidad*: «nada», «vacío», «hueco», «absurdo», «intemperie», «tópicos», «descreimiento civil», «corrupción», «hedonismo», «intrascendencia», «banalidad», «indiferencia», «causalismo», «configuraciones sensibles y fácticas», «fríos encadenamientos aparentes», etcétera. Esta serie se enriquece con los aportes de la poesía «nativista», «exótica», de falso «arcadismo», «tipicista», «tropicalista», o de «negrismo exterior», o bien de «prosaísmo factual», o «retórica», o «híbrida», o «propagandística», o atada a una cubanidad «temática», «explícita», «convencional», «descriptiva»; poesía de lo «inmediato» y «visible», «sin necesidad íntima», poesía sin verdadero «destino poético».

Los poetas que se conforman con frutos fáciles, o los de poco talento, o aquellos que por temperamento o debilidad no son capaces de traspasar el cerco de lo evidente, colaboran de manera inconsciente con la farsa de la neocolonia: la poesía retórica o convencional ofrece una legitimación «poética» a los «ideales-tópicos» de una independencia mediatizada; el prosaísmo epidérmico no va más allá del testimonio de la «facticidad»; la poesía de lo cubano exterior, suma su voz a las ficciones que pretenden encubrir la mutilación de nuestra identidad, y puede llegar, incluso, al extremo revelador del «autoexotismo», donde el buscador ligero de los signos nacionales cae en una trampa sin regreso.

Frente a la neocolonia y a su cubanidad falseada, frente a la poesía que de muy diversos modos se hace cómplice de la farsa, Cintio Vitier propone, como vimos, una salida utópica, fundada en esa cubanidad «esencial» de la que nos han desterrado, a la que podremos acercarnos gracias a la poesía y a los métodos «esencialistas», y a la teleología insular lezamiana.

El eje de la utopía origenista, definido en sus polos por el *esencialismo* y la *teleología*, en oposición al eje neocolonial *superficialidad-carencia de finalidad*, también

ofrece un nutrido glosario presidido por la cubanidad «esencial», «secreta», «oculta», «concentrada», «entrañable», «misteriosa», «genuina», «silenciosa», «otra»: la «fundación», lo «fundacional», el «ideal histórico definido», la «pureza», la «imantación», lo «profundo», la «hondura», lo «desconocido», el «decisivo reverso oscuro», las «posibilidades escondidas», «magia», «aire», «tuétano», «fibras ocultas», «adentros de la sensibilidad», lo «que late detrás» o «más allá», la «sugestión inapresable», lo «íntimo», lo «imponderable», lo «indefinible», «el alba y la tarde» (en oposición al «sol implacable»), lo «desnudo» (similar a lo «puro» y en oposición a lo retórico, artificioso e «híbrido»); el «centro», la «imagen» creadora y perdurable (frente a la «facticidad» y la efímera «vigencia causalista»), «futuridad», «eticidad», «introspección», «continuidad», «sentido», «destino», etcétera.

Entre estos dos bloques conceptuales que se enfrentan, hay sin embargo una intercomunicación dialéctica: no puede entenderse, por ejemplo, la cubanidad «externa» como una cubanidad «mala» frente a una cubanidad «esencial» y «buena». Rasgos atribuidos a nuestro ser nacional, que tradicionalmente han sido vistos como negativos, son mostrados en sus revelaciones más evidentes por los creadores de la cubanidad «externa»; pero solo podrían alcanzar un sentido positivo, emancipador, verdaderamente *nacional*, cuando salen a flote en el conjunto de la cubanidad «esencial» que nos iluminan los métodos «esencialistas».

## Nueve

*Esencialismo y teleología*, de un lado, y *superficialidad y carencia de finalidad*, de otro, tienen, a la luz de las discusiones ideológicas de hoy, una notable actualidad.

Una relectura, desde Cuba y en los 90, de este poderoso manifiesto origenista, equivale a tropezar a cada paso, de modo inevitable, con las preguntas, dudas y desafíos de la contemporaneidad.

Hay un aspecto de importancia en el llamado posmodernismo que se orienta a promover, en aras de lo «fáctico» y de privilegiar las «superficies», una tajante desconfianza hacia las «manipulaciones» y las «teleologías». Esta dirección del pensamiento posmoderno, que forma parte de una derechista manipulación teleológica a gran escala, ha ido permeando el debate acerca de la Revolución cubana. Se percibe una tendencia a reevaluar nuestro proceso histórico, y su mismo «sentido», que alcanza muy a menudo, por razones obvias, a la figura de Martí.

El discurso del neanexionismo, instalado ya en la posmodernidad, acusa a Martí de haber elaborado una delirante lectura teleológica de la historia de Cuba, en un ataque que abarca a la Revolución y al propio cubano. Así,

todo un pueblo, a través de sus gestas y sufrimientos, ha sido culpable de buscarle sentido a una historia que no lo

tiene, que viene a ser, como en el famoso parlamento de *Macbeth* «el cuento narrado por un idiota [...] significando nada»; y Martí, en cuanto vocero fiel de ese pueblo, acrecienta su culpa; y la Revolución, en cuanto se empeña en cumplir el mandato del pueblo de Martí, es desde luego la máxima culpable.<sup>2</sup>

Se trata de un ejemplo extremo, y atroz, y por tanto muy didáctico, de la pretensión neanexionista de vaciar el proceso histórico cubano de «sentido», de «significación» y «dirección»; de devolvernos a la «intemperie», a la «facticidad». Por supuesto, si los afanes, privaciones y luchas de tantas generaciones de cubanos se articularon sobre un delirio, entonces —diría Iván Karamázov— *todo está permitido*, no hay resistencia ética ni patriótica: no habría obstáculos para que la manzana de John Quincy Adams completara su destino, su teleología anexionista.

Si de nuestra historia solo nos dejan el cuento fragmentario y difuso, desprovisto de significación, del idiota de *Macbeth*, el cubano de hoy queda otra vez a la intemperie, ante una vida cotidiana plagada de carencias y dificultades enormes, ya sin explicación ni salida. Es en esa dimensión, entre la *superficialidad* y la *carencia de finalidad*, donde el pueblo de Cuba estaría indefenso ante la presencia renovada del «imposible». De ahí que el empuje teleológico de *Lo cubano en la poesía*, su valiente desafío al fatalismo y a la desintegración, su acercamiento apasionado a lo nuestro, su búsqueda del hilo de continuidad histórica y cultural y de modelos creadores, su resistencia frente al influjo yanqui, «desustanciador» y funesto, tengan tanta vigencia.

Releído en los 90, *Lo cubano en la poesía* rompe sus amarras circunstanciales, y crece como un manifiesto que rebasa a Orígenes, y a grupos y tendencias, y se expande, y es ya un manifiesto y un programa de la cubanía, frente a sus viejos y nuevos enemigos.

La Habana, mayo-junio de 1994.

## Notas

1. Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, La Habana: Instituto del Libro, Colección Letras Cubanas, 1970: 44. Todas las citas están tomadas de esta edición. En lo adelante la paginación se acota en el texto, entre paréntesis.

2. Cintio Vitier, *Algunas reflexiones en torno a José Martí*, intervención en la Conferencia «José Martí, hombre universal» [folleto], La Habana: Palacio de las Convenciones, 1992. En la cita alude al texto de Enrico Mario Santí, «José Martí y la revolución cubana», *Vuelta*, México, diciembre de 1986.